



RESEÑAS

Álvaro Molina. *Mujeres y hombres en la España ilustrada. Identidad, género y visualidad*. Madrid: Cátedra, 2013.

Irene Gómez Castellano
University of North Carolina, Chapel Hill

En su segundo libro, el historiador del arte Alvaro Molina contextualiza la cuestión de la identidad y la moda, el tema de su primer libro —*Vestir la identidad, construir la apariencia. La cuestión del traje en la España del siglo XVIII*, escrito con Jesusa Vega— en un marco más amplio y ambicioso. *Mujeres y hombres en la España ilustrada* alberga en sus casi 500 páginas tres miradas a la cuestión de la identidad en el dieciocho español. Aunque Molina no enuncia en sí una nueva teorización de la cuestión del género y la identidad del XVIII español, *Mujeres y hombres en la España ilustrada* está destinado a convertirse en una obra de referencia obligatoria para los dieciochistas. Molina logra construir un puente de sólidos cimientos entre las disciplinas del arte, la literatura y la historia sin sacrificar un ápice de profundidad.

La originalidad de *Hombres y mujeres en la España ilustrada* reside en su carácter de enciclopedia visual de la cultura material del período. Molina ha resucitado, por decirlo así, aspectos muertos de la centuria. Ha despertado ciertos fantasmas en una casa que ya se creía familiar. Sus páginas son testimonio de los muchos misterios del XVIII que aún quedan por desvelar.

Mujeres y hombres en la España ilustrada se estructura en tres grandes bloques que “articulan de modo complementario las nociones de identidad, género y visualidad” (10). La primera parte “aborda el papel que cumplió el género en el proceso de construcción de una nueva identidad nacional a través de la visualización del cuerpo político” (10). Aunque la intención declarada de los tres capítulos que conforman esta primera parte es la de iluminar la cuestión del género en su intersección con la representación del poder absolutista ilustrado, hay que destacar la capacidad de Molina para integrar materiales de muy diversa procedencia y género en su discurso. La cuestión de la representación del poder absoluto se aborda sin riesgos teóricos ni saltos interpretativos, pero Molina logra que los lectores puedan ‘aprender’ los códigos de interpretación visual de los grabados, retratos y escenas políticas antes no leídas al compás. Entiendo ahora la importancia técnica del sombreado en un grabado, o qué elementos en la representación de un retrato regio vienen enlazados del siglo anterior y cuáles manifiestan un nuevo modo de entender el poder por parte de los Borbones. Esta información, repito, no es necesariamente nueva pero al superponerse a otros materiales de forma transversal cobra nuevos significados. Personajes

como Carlos III, Godoy o Jovellanos, a los que recordamos por sus retratos canónicos, hechos históricos como el cambio dinástico de los Austrias a los Borbones, o la noción misma de absolutismo ilustrado se despiertan iluminadas desde ángulos nuevos por medio de la cuidada selección y análisis que Molina hace de las artes visuales de período. Es refrescante poder entender el lenguaje codificado de grabados y alegorías dieciochescas, y Molina ofrece una cuidada explicación histórica, artística y hasta técnica de su significado, uso y circunstancias (encargo, recepción, materialidad). Otro botón de muestra que sintetiza bien la técnica de Molina en el conjunto del libro: ¿qué mejor modo de entender la importancia creciente que cobran las relaciones familiares en el XVIII, tanto a nivel de la familia real como en las clases populares, que ‘jugar’ a descifrar uno de los “Retratos enigmáticos” (70) que se reproducían en forma de estampas? Entre las ramas de un árbol frondoso los lectores jugaban a descubrir, ocultos, los perfiles de los miembros de la familia real. O contemplar al rey rodeado de sus caballos, sus criados y su familia (72) en grabados antes de apenas difusión, que sirve para ilustrar cómo surge un nuevo valor en la representación iconográfica del rey a fines de siglo; el rey ya no es sólo el rey sino él y su familia. O qué mejor modo de entender el nuevo concepto de hombre (y mujer) ilustrado que ver los grabados y medallas conmemorativos que muestran al monarca recibiendo con ternura un bebé de los brazos de entidades alegóricas.

La segunda parte de *Mujeres y hombres en la España ilustrada* estudia los nuevos valores dieciochescos de amistad, mérito y trabajo que afianzan la incipiente sociedad burguesa. Molina estudia cómo se representan visualmente los nuevos modelos de comportamiento masculino y femenino de la época. Para ello, el autor analiza retratos de la época y defiende la importancia de la familia como institución de sociabilidad ilustrada, así como el concepto de ‘maternidad cívica’. Tampoco aquí se presentan novedades con respecto a libros anteriores, pero se entienden los conceptos en su relieve visual, social y cultural. Por ejemplo, la cuestión tantas veces tratada de la sociabilidad dieciochesca se revela desde una nueva perspectiva a través de las páginas (300-308) que Molina dedica a estudiar las tarjetas de visita que se pusieron de moda en la época. Molina no las analiza o teoriza en el sentido clásico del término, del mismo modo que no ofrece una nueva perspectiva sobre el tema de la petimetría, las tertulias o el majismo, pero al superponer dichas tarjetas de visita con sus autores (Luis Paret, por ejemplo) y propietarios (Jovellanos, Goya) y las circunstancias de su uso diario podemos entender por qué es una cuestión tan relevante el estudio de la cultura material. Del mismo modo, la cuestión del género despierta nuevas reflexiones no por la reinterpretación teórica de materiales sino por la presentación en paralelo de ejemplos literarios, periodísticos, y visuales en distintos formatos y dirigidos a distintos públicos.

La tercera parte de *Mujeres y hombres en la España ilustrada* está dedicada a estudiar la cultura de las apariencias en su dimensión visual; estudiar los

nuevos modelos de comportamiento que llegan de Francia y ver su representación y adaptación en la cultura visual española. El cortejo es visto en sus espacios materiales como el paseo, la tertulia, el teatro, etc. Su aparición en los márgenes de casi todas las obras de arte culto y popular es un índice de su importancia social. Otra vez, la conclusión no representa novedad con respecto a ideas de los años 70, pero la dimensión material enriquece la perspectiva de esta institución amorosa. Lo mismo sucede en el capítulo dedicado a petimetres y petimetras, un modelo social que, según Molina argumenta de forma convincente, continúa proliferando aún después de la Guerra de la Independencia, como prueba presentando una profusión de estampas satíricas en su complejo entramado cultural.

Tras leer *Mujeres y hombres en la España ilustrada* el lector siente que ‘entiende’ visualmente ciertos aspectos que ya creía tener dominados, se siente en conexión más íntima con ciertas de sus cuestiones más abstractas. Monedas, concursos, retratos familiares, frontispicios, dedicatorias, tarjetas de visita, mapas, premios, poemas, acciones bancarias, escudos, etc. se convierten en manos del autor del libro en un índice de los nuevos valores dieciochescos y las nuevas costumbres que Molina superpone con notable erudición y talento en su libro.

oo
Carmen Rivero Iglesias. *La recepción del Quijote en la Alemania del siglo XVIII*. Colección Casasayas, no. 1. Ciudad Real: Imprenta Provincial, 2011.

Ricardo Padrón
 University of Virginia

This erudite and lucid study of the reception of *Don Quixote* in eighteenth century Germany provides an indispensable corrective to Anthony Close’s classic work, *The Romantic Approach to Don Quixote* (Cambridge 1977). There we read that the Romantic idealization of the novel’s protagonist “developed in eighteenth-century England, from approximately 1740 onwards ... In France and Germany, belief in the hero’s nobility seems to have been confined to Rousseau and Herder” (13). By combing eighteenth century German letters, Rivero Iglesias demonstrates decisively that this was not the case. In German-speaking Europe, that idealization began no later than 1741, in the work of Johann Jacob Bodmer, who wrote before Herder, and it gathered steam among other German-language writers through the course of the second half of the eighteenth century. It may have even developed independently of the

English influence. In fact, it may very well have been the dissemination of *Don Quixote* in Germany that stimulated interest in Fielding and Sterne, rather than vice versa (Rivero Iglesias 125). But the importance of this book goes beyond this very significant corrective to Close. Rivero Iglesias examines *how* and *why* eighteenth century German intellectuals began to idealize Cervantes's protagonists in ways that anticipated the "Romantic approach" of the nineteenth century. That examination takes Rivero Iglesias into a multi-faceted study of cultural change in eighteenth century Germany. We find that the German reception of *Don Quixote* changed because German intellectual life itself was changing.

Rivero Iglesias approaches the relevant aspects of cultural change in eighteenth century German by dividing it into a series of three interrelated processes. First comes a substantial change in German attitudes toward Spain itself. Spain ceased to be a major power, and thus ceased to inspire fear and hatred. As a result, Spain became available for fetishization as an "exotic" location. Its very "backwardness," an ever persistent theme in French, English, and German portrayals of Spain and its people, ceased to function as an object of contempt, and became an object of intense curiosity. This was especially true in Germany, Rivero argues, where a growing concern with national authenticity inspired interest in Spain, a land that had managed to retain a cultural identity deemed authentic. This change in attitude toward Spain and the Spanish lay the groundwork for the second process, that of the revalorization of Spanish literature, and of Cervantes especially. The effort to ground a new German identity brought with it a certain eagerness to divest German culture of excessive French influence. This led German intellectuals to look toward England and Spain for a canon of modern literary classics, which included Cervantes as well as Milton and Shakespeare. The identification of *Don Quixote* as a classic involved the recognition of the tragicomic humanity of its principal characters, a tendency that fed in turn on the third process Rivero Iglesias identifies, involving changes in philosophical ideas regarding humor and artistic genius. These three historical processes came together in German efforts to theorize the novel, and with it *Don Quixote*, as a high art form, and to imitate Cervantes in German letters.

Students of *Don Quixote* will certainly find much of interest here. I was impressed to see how many of the commonplaces of the Romantic interpretation of the novel seemed to hinge on the waning of the Black Legend, and its replacement with a more picturesque, less menacing image of Spain and the Spanish. In order for Spain's most famous novel to become a classic, it seems that Spain *needed* to have lost its position as Europe's major political power. But specialists in eighteenth century intellectual and cultural history will also find valuable ideas in Rivero Iglesias's monograph. Her arguments constitute a masterful attempt to trace the changes in an entire horizon of expectations, on a variety of levels, using a rigorous interdisciplinary approach. We see how German

intellectual culture came to see in *Don Quixote* a mirror of its own most pressing needs and concerns, and to fashion of out Cervantes's masterpiece a mythical origin for their own national culture, which was already tending toward Romanticism, and which would eventually, in the nineteenth century, revisit *Don Quixote* as if the book were an old friend.

oo
Mehl Allan Penrose. *Masculinity and Queer Desire in Spanish Enlightenment Literature*. Farnham/Burlington: Ashgate, 2014.

Rebecca Haidt
 The Ohio State University

In this bold book, the argument is that Spanish Enlightenment writings are pervaded by cultural anxieties around not just masculinity, but same-sex desire. “Without analysis of why Spanish writers satirized and marginalized effeminate males and how satire influenced Spanish society’s perception of queer men, unconventional gender, and sexual expression,” urges Penrose, “we will not be able to comprehend the complex configurations...that went into the notions of sex, gender, erotica, and sexuality during the Enlightenment period” (3). Penrose offers five chapters of readings “from a queer perspective” (24): after an Introduction in which he lays out his theoretical approach, Chapter 1 covers invocations of hermaphroditism in periodical literature; Chapter 2 applies theories of camp to depictions of *petimetres* in Cruz’s sainetes; Chapter 3 considers male homoeroticism and sexual violence; and Chapter 4, male friendship and love in the poetry of Manuel María del Mármol. There is also a conclusion, and a list of works cited. The objective of this study is not new research uncovering archival materials or manuscripts (for example), but rather, a queer, (homo)sexuality-studies approach to (for the most part) canonical eighteenth-century texts (e.g., the periodical *El Censor*; Ramón de la Cruz’s *sainetes*).

Penrose’s “Introduction” elaborates a framework for “queer” as “the non-normative and uncommon in gender expression, biological sex, and sexual desire and behavior” (19). He adopts a readerly stance that refuses to “assume that most characters and situations we encounter...are straight or straight-identified” in eighteenth-century literature, and insists on interpretation “free of the hegemonic impositions of the one-size-fits-all of previous readings” (20). Though Penrose notes that “it would be anachronistic to refer to [*petimetres* and *afeminados*] as ‘gay’ or ‘homosexual,’ simply because these words imply a self-conscious identity that was not

extant in the period under discussion” (21), he clearly is reading for same-sex desire and sodomy within this queer framework. Just as “the misogynist tirades against women in sermons and print were a form of resistance to what preachers and male authors perceived as a threat from growing freedoms for women”, so satires of effeminacy were a “reaction to what was happening in Spanish culture” (22): in other words, because there were so many satires of effeminacy, we must take this as a “reaction” to same-sex behavior and desire in the wider culture. Penrose is also interested in the transformation of queerness “into a ‘not-so-queer’ state in Spanish discourse: in ubiquitous effeminate figures like the *petimetre* and in positive affirmations of same-sex male desire in [the poetry of] Mármol” (23).

Chapter 1 examines “hermaphroditism” in eighteenth-century periodical literature. Penrose focuses on periodical literature as “the journalistic essay was to be, next to theater, the predominant genre in which the symbolic hermaphrodite was caricatured” (39), and argues that “*Hermaphrodita*, third gender, and *jembra vestía de hombre* as labels in these essays designated the enactment of gender and erotic otherness, rather than the embodiment of true hermaphroditism” (80). However, one of the goals of the chapter is also to “put into question Haidt’s perspective...that there was no overt association between effeminacy and sodomitical practices” (38) in texts depicting *petimetres*. As evidence, Penrose submits two texts referring generally to *afeminados* (fudging the fact that Haidt was focusing on *petimetres*); he reads literally the description of a *petimetre* as “mozo puta” in Torres Villarroel’s “Visión y visita décima”; and interprets as sodomitical “El currutaco de Sevilla,” a *romance/pliego* in which a *currutaco* has a syringe placed into his buttocks (77, 130-136), unaware, it seems, of the period use of the syringe in enemas-- a standard medical prescription for a range of complaints-- and thus of a strain of scatological humor at work in the text. (Penrose does later admit that his evidence is not extensive: the syringe-image of the *currutaco* is “the only one of the eighteenth and first half of the nineteenth centuries that I have read in which an *afeminado* is involved in any type of sexual act” [136].) The conclusion is that “whether [effeminates] did or did not have sex with other men was not the point of satirists as much as that they were not—could not be—penetrators of women because of their status as non-men and their ‘inferior’ feminine qualities” (80).

Chapter 2 creatively reads Ramón de la Cruz’s *petimetre* characters through the lens of theories of camp. “The *petimetre*...minced about and displayed an artifice and excess that flagrantly transgressed gender and sexual borders...his comments reveal[ing] a sensibility for wit and irony that closely parallels camp comedy” even though “writers created the *petimetre* to be laughed *at*, unlike camp’s intention to have the reader/viewer laugh *with* the characters” (81). Thus Cruz’s *petimetres* are “camp-like without carrying the cultural connotations of modern-day camp” (81). A

petimetre from a Cruz *sainete* embodies a “queer performativity... unmasking... significations created and sanctioned by culture” (82). Penrose cautions that “camp theory has its limits in describing Cruz’s humor because unlike camp, his foppish satire does not ‘go against the cultural grain’” and instead “bolsters traditional and popular beliefs about how Spaniards should be, talk, and act” (83); he clarifies that Cruz’s *petimetres* are “fictitious characters with no agency, unlike the camp persona who is not merely imaginary but often flesh and blood” (83). The argument is not that Cruz intended for eighteenth-century viewers to deconstruct contemporary gender signs and expectations, but rather that a practice of queer reading fruitfully may employ Cruz’s texts in the work of “unmasking:” camp theory is productive “in that it deconstructs the cultural and social configurations that rendered a marginalized figure, the *petimetre*, humorous because of his queer antics, looks, and conversation to reading and viewing audiences” (83).

Chapter 3 examines male-male sexual violence in eighteenth-century texts, approaching Samaniego’s *Jardín de Venus* and the *romance* “El Currutaco de Sevilla” as texts in which the depiction of sodomy “serves as a method of violent punishment and a metaphor for the subjugation of the powerless by a powerful authority,” “a discursive maneuver that compares male same-sex sexual relations to all that is unnatural, violent and loveless, the sodomizer to an all-powerful Church-state establishment dominated by a heteronormative economy, and the non-European to a barbarous sexual predator” (112). Penrose contends that these poems brought the subject of homosexuality “to light, albeit in a violent, negative way. Who next might be identified as performing sodomitical relations? Who next might fall victim to the aggressive sodomite? No one knew, but one thing Spanish society was sure of: the ‘real’ man was the one who could save the day. Only he could foil the sodomite’s intentions” (138).

In his fine (and best-argued) Chapter 4, Penrose discusses male friendship and love in the poetry of Manuel María del Mármol. “In an age that encouraged male sentimentality,” there were “rare tropes that portray men who desired other men in a sympathetic and positive light” (139). Penrose analyzes “the nature of friendship, love and sexuality in Spanish pastoral poetry in order to understand the complex relationships that are represented in” two clusters of Mármol’s poetry: poems of “friendship,” and “homoerotic poems” (139-40). He reminds readers that “Spanish Enlightenment writers and intellectuals were intensely aware of [the] libidinal aspect” of male friendship elaborated through Greek models (145): thus, in “creating a shepherd who desires another, the poet returns the pastoral to its Greco-Roman roots, in which the theme of homoeroticism is ubiquitous” (164). But most important, concludes Penrose, is that Mármol “insisted on expressing homoeroticism in his pastoral works when convention did not...leav[ing] us with some of the rarest and

most open demonstrations of desire between men in Spanish literature” (165).

Penrose’s main critical contribution is to plant the flag of homoeroticism firmly in the center of the map of eighteenth-century gender and sexuality studies, challenging the reader to accept his contention that depictions of effeminacy or invocations of the hermaphroditism chiefly refer audiences to same-sex desire and sexual acts, even when/though they might reference other things as well. He argues with passion and determination, offering an opening salvo intended to clear the way for further queer studies. This important effort should be hailed by those seeking new ways of enticing students to appreciate Enlightenment literature. *Masculinity and Queer Desire in Spanish Enlightenment Literature* is a great addition to the field that, one hopes, might set *dieciochistas* on the road toward uncovering supporting evidence in as-yet unstudied texts and manuscripts.

oo
Álvarez Barrientos, Joaquín. *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*. Madrid: Abada Editores, 2014.

Ana Rueda, University of Kentucky

"Falsificar un texto supone inventarlo y, en última instancia, renunciar a la propia autoría para que las consecuencias que de él deriven las sufra o disfrute otro, inventado o real, al que se le adjudica la obra" (21). Desde este parámetro, Álvarez Barrientos delimita y sitúa su campo de estudio en un mundo creativo ajeno al plagio. *El crimen de la escritura* se suma a *Imposturas literarias españolas*, ocho ensayos de diversos autores que Álvarez Barrientos editó en 2011. Esta historia de la escritura apócrifa, que sigue a estudios como los de Heinich (2010) y Rosell (2014), ofrece al lector una idea modificada de la historia literaria que reconoce la escritura falsaria con la misma dignidad que la literatura tenida por original y auténtica.

Para vindicar el apócrifo como una manifestación más de la creación artística, el autor recomienda separar las cuestiones éticas sobre lo falso y lo auténtico de las cuestiones estéticas —ambas sometidas a fluctuaciones históricas— y reconocer que las imposturas literarias se ajustan a las mismas convenciones que las producciones establecidas y aceptadas en la República Literaria. Lo que hace una obra falsa se halla «fuera» de ella, según los planteamientos del estudio, ya que el autor falsario la forja con los mismos

elementos que los demás escritores; su obra sólo se desvaloriza cuando se descubre que es apócrifa; y su identificación como falsa se sustenta en los motivos y objetivos del autor para crearla. Es más, según este análisis, las supercherías (desde el pastiche a los heterónimos) constituirían una forma incluso superior de representación artística con efectos saludables para la historia literaria, ya que la falsificación puede verse como una forma de rebeldía frente al *status quo* cultural y social (13) que, desdeñando un papel imitativo, ensancha las fronteras de la actividad creadora al insertar en la realidad cotidiana autores y obras que sólo existen en papel. La literatura apócrifa subvierte valores, desestabiliza pactos de lectura y ofrece con sus discursos alternativos una renovación de la ortodoxia literaria.

El estudio se organiza en base a tres apartados. “Entre historia y literatura, cuestiones de autoría” repasa categorías que utilizan distintas estrategias: el plagio, la copia, la contrahechura, el fraude, la falsificación, el apócrifo, el pastiche, lo espurio, el heterónimo, el seudónimo y el alónimo. A su vez, estudia los contactos entre historia y literatura a través de distintas formas de simulación autorial. “Razones, prácticas y usos de lo falso” ahonda en los motivos y las finalidades de lo falso en la literatura española, prestando particular importancia a los paratextos. El grueso del libro lo constituye “Diacronía de una continuidad. Fragmentos para una historia de la literatura apócrifa”, un rastreo histórico que hace cala en autores falsarios y en géneros que atraviesan desde la Edad Media hasta la actualidad y que configura un amplio y variopinto panorama del apócrifo español. Siguen unas conclusiones y una bibliografía, un índice de nombres y de títulos, más el de las trece ilustraciones.

El repaso histórico de los falsarios no pretende ser exhaustivo; al contrario, hilvana cronológicamente casos de manipulaciones retóricas hechas en función de inquietudes y objetivos que sirvieron a proyectos políticos de cohesión o la creación de identidades personales. Ante la variedad de maneras de falsificar un texto, el estudio señala algunas constantes en el uso de los recursos apócrifos, como la retórica del paratexto, acompañada de pistas dirigidas a que se descubra la falsedad, y la condición generativa del falso, en tanto que un falso genera otros. Lejos de sustraer autenticidad, la falsificación la *genera* mediante la creación de nuevos falsos diseñados para reforzar su autenticidad ante los críticos. A través de momentos singulares en la historia literaria de la superchería (Lope de Vega, Cándido María Trigueros, Mariano Pardo de Figueroa, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Max Aub y Sabino Ordás, entre muchos otros), el estudio arguye convincentemente que lo falso ha convivido con lo original en nuestra cultura y que esta realidad paralela y alternativa, tanto si es elogiada por su genial golpe de maestría como rechazada con medidas punitivas por querer equipararse a la creación «auténtica», contribuye a la vitalidad de la literatura y su historia; en suma, es parte indisoluble de la tradición, por lo que su historia debe reconstruirse al hilo de la historia que recoge las prácticas literarias aceptadas.

Esta historia de las falsificaciones encierra una denuncia de la manera en que la literatura apócrifa se ha criminalizado injustamente por su asociación con el fraude. El estudio subraya que la falsificación no se entendió siempre como una actividad censurable –cosa que sí ocurrió en la edad moderna–, sino digna de respeto. La asimilación de la producción apócrifa al delito se ha disuelto de manera notable en la posmodernidad, que pone el recurso del simulacro a disposición de cualquier creador. A su vez, la dimensión metaliteraria de las formas estéticas de lo falso, las cuales crean su propio mundo de referencias, está en sintonía con las maneras en que, ya antes de la posmodernidad, se ha venido canalizando la creatividad. En este sentido, la práctica falsaria es sintomática de los tiempos; revela lo que la sociedad percibe como delictivo o fraudulento en un momento determinado. Además de separar el campo ético del estético, el estudio separa este último del campo legal. El «crimen de la escritura» del título apunta, pues, no tanto a las prácticas de los autores como a las de los críticos e historiadores y sus prejuicios a la hora de poner cotos a la creatividad. El estudio hace un llamamiento a la necesidad de acreditar a la literatura falsaria y su historia como formas legítimas de representación dentro del canon: “en el caso de la literatura, la apócrifa es un patrimonio que debe ser igualmente recogido, protegido y respetado” (384).

Dadas las premisas del libro, conceptos como el *simulacro*, el *anonimato* y la *autoría*, quedan meramente esbozados en esta obra, más interesada en historiar y documentar un fenómeno que en teorizar sobre la complejidad de dichas cuestiones. Atendiendo a sus distintas implicaciones culturales y sociales, el estudio traza una línea de continuidad entre casos separados históricamente, hasta mostrar cómo lo falso se convierte en un recurso creativo más. En su recorrido, resuelve con soltura las paradojas de la producción apócrifa: es reivindicativa de su propio quehacer, pero para ello recurre al disfraz; conspira, mediante el engaño de la autoría, contra el estatuto del autor refrendado por la firma para acabar exaltando el concepto de autor; es irreverente con la poética dominante, pero se confecciona con los elementos del original por el que pretende pasar; y su admirable vitalismo abriga el deseo de suplantar la vida mediante la simulación. Imposturas que decepcionan y fascinan a partes iguales. El aparato bibliográfico es abundante y el lector encontrará referencias muy útiles para ahondar en obras y autores concretos sobre la escritura apócrifa y para explorar su desenvolvimiento futuro a partir de esta primera historia en el contexto español.